EL PADRE ORCOLAGA

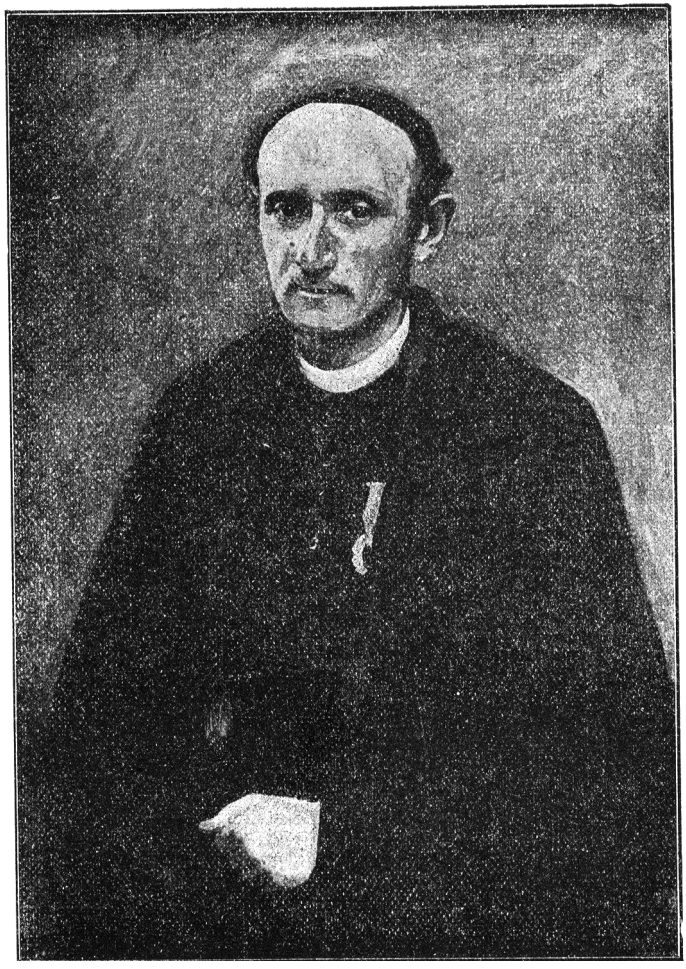
La muerte de este sabio meteorólogo ha agrandado su personalidad científica, destacándose hoy su nombre benemérito, rodeado de la admiración y las bendiciones de la sufrida clase pescadora, para quienes fué en vida su providencia tutelar, de los hombres estudiosos que le reconocen como profundo conocedor de los secretos atmosféricos, del pueblo todo que le venera como un gran bienhechor de la Humanidad.

Descendía el P. Orcolaga de antigua familia, fundadora de la villa de Hernani, conservándose entre los que llevaron este apellido el recuerdo de Joanes de Orcolaga, que desempeñó repetidas veces el cargo de regidor del Ayuntamiento de la villa, y el de Caballero juntero en algunas de las generales de la provincia. De las dotes de cultura e inteligencia que adornaban a este ilustre hijo de Hernani, nos da prueba elocuente entre otras obras que escribió, una historia de Guipúzcoa, refutación de las aseveraciones de Lupián de Zapata y de su discípulo Padre Argaiz. Dicha obra fué presentada a la Junta General celebrada en Rentería, en la que se nombró una comisión informadora, pero no llegó a imprimirse por defunción del autor en 20 de Julio de 1672.

D. Juan Miguel Orcolaga nació en Hernani, en la casa de su nombre antiguamente denominada «Aldapa», el 13 de Octubre de 1863.

Desde su más tierna edad manifestó señalada inclinación hacia la geología, meteorología y mecánica, distinguiéndose ya a los trece años por el calor con que rechazaba la supuesta influencia atribuida a las témporas en los cambios atmosféricos.

A la edad de quince años se trasladó a Buenos Aires acompañando



D. JUAN MIGUEL ORCOLAGA

† EL 22 DE SEPTIEMBRE DE 1914

(Reproducción del cuadro de I. Ugarte, existente en este Museo Municipal.)

a un tío suyo, respetable sacerdote que ejercía la cura de almas en la población de «Nueve de Julio».

Durante la travesía, y hallándose a la altura de Pernambuco (Brasil), anunció por la tarde una tormenta, y ésta se desencadenó a media noche con fuertes descargas eléctricas y abundantes granizadas, causando con su extraño acierto la admiración de los oficiales de a bordo. Merece también consignarse que antes de su embarque para América dejó escrito un Calendario para el siguiente año de 1870. No puede, pues, negarse que desde los primeros años se manifestó en el P. Orcolaga el insigne meteorólogo que había de sorprender más tarde a los sabios más eminentes en tan difícil y complicada ciencia.

Ya en América, ingresó en el Seminario Conciliar de Buenos Aires, donde, durante un año, cursó Latín, Retórica, Historia y Francés. Pero quebrantada su salud por el cambio de vida y clima, tuvo que abandonar las florecientes orillas del Río de la Plata y regresar a su casa nativa, al tranquilo descanso de su hogar.

Poco duró, sin embargo, el reposo en la casa solariega, pues siguiendo su vocación resuelta al sacerdocio, se trasladó a Vitoria, donde cursó la carrera eclesiástica. Con gran aplicación y aprovechamiento se dedicó al estudio de las diferentes asignaturas que integran el plan de estudios del Seminario, mostrando, sin embargo, especial predilección por la Filosofía y Ciencias Exactas, y de estas últimas de un modo particularísimo por la Meteorología, Geología y Mecánica, a las que desde niño mostró singular afecto e irresistible atracción. Personas dignas de crédito refieren que semejantes aficiones dieron ocasión durante su juventud a severas reprensiones de sus padres, que veían con desagrado los arriesgados ejercicios que practicaba sobre el tejado del hogar familiar para colocar unos anemóscopos rudimentarios de propia invención, con los que pretendía resolver la dirección de los vientos. Otras mil anécdotas y episodios de idéntica naturaleza, que recuerdan sus compañeros de estudio, podríamos reseñar aquí si no temiéramos la exagerada extensión de los presentes apuntes. Todos ellos vienen a poner de manifiesto la vocación que para la Meteorología se observó en todos tiempos en el malogrado P. Orcolaga.

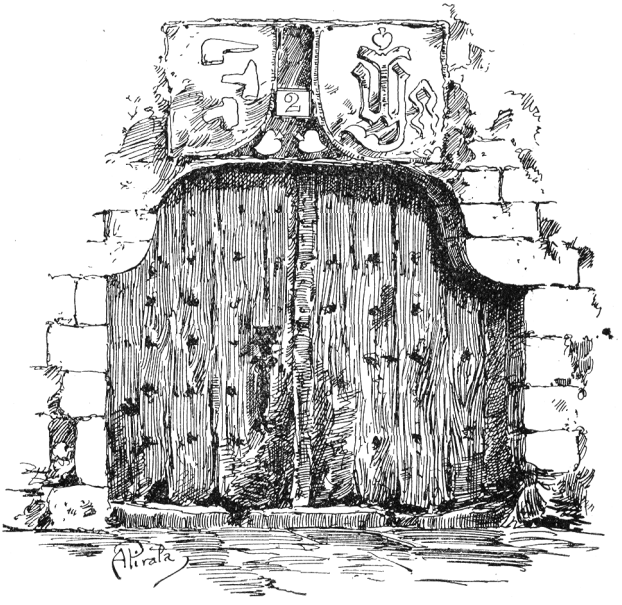
En las témporas de Marzo de 1855 se ordenó de sacerdote, pasando como coadjutor a Beizama, de cuya parroquia fué más tarde nombrado vicario. De allí se le trasladó a su villa natal como coadjutor de la parroquia de San Juan Bautista de la misma.

Tomó parte el año 1893 en las oposiciones a una canongía de la catedral de Vitoria, y atendiendo a los brillantísimos ejercicios practicados en aquella ocasión, fué agraciado con el curato de la parroquia

HERNANI.—CALLE MAYOR

de Zarauz. Toda su celebridad meteorológica la adquirió en tiempos en que desempeñaba dicha parroquia, razón por la que, hasta su muerte, ha sido conocido con el nombre ya popular de «Vicario de Zarauz».

Estando en dicha población, levantó un pequeño observatorio de madera, donde de noche y de día se dedicó con extraordinario empeño a estudiar los misteriosos problemas del inmenso campo de la Meteorología. Allá, en aquel modesto e improvisado observatorio, disponía de los dos gabinetes que, según propia y pintoresca declaración, debe tener todo buen meteorólogo: «el artificial (los instrumentos) y el natural que, si no está al alcance de nuestro manejo, está, sin embargo, delante de nuestros ojos».



ZARAUZ.—En la calle de Cigordia

Sus aficiones meteorológicas no le impidieron cultivar los estudios propios de la respetable clase sacerdotal, y buena prueba de ello son las oposiciones que para una canongía de la catedral de Tarazona (Aragón) hizo en 1899. En sentir de alguno de sus biógrafos, si aspiró a la mencionada prebenda fué porque dada la proximidad del Moncayo de la sede episcopal citada, suponía lugar apropiado para continuar el estudio a que le arrastraba una inveterada e irresistible inclinación.

Era teólogo y moralista profundo y sagaz, siendo sus autores predilectos Santo Tomás de Aquino y el filósofo catalán Balmes.

Poseía el euskera a la perfección, siendo depurado hablista y de gran autoridad en la etimología de esta maravillosa lengua. Ha dejado escritas varias obras euskéricas, entre ellas una estimable enciclopedia, cuyos originales deben de conservarse en Hernani o en la Diputación de Guipúzcoa. Llamaba también la atención como predicador elocuente y persuasivo, dándose el caso extraño, de que durante sus fervorosas pláticas no era perceptible cierto defecto de que en la emisión de la palabra adolecía el llorado sacerdote.

Modesto y humilde a la vez, rehuía toda ocasión de vanagloria ocultando al público el resultado satisfactorio de sus continuados experimentos; esto no obstaba para que comunicara sus observaciones al director del Observatorio astronómico de Madrid Sr. Iñiguez, y que mantuviera relaciones con León Hermoso, el meteorólogo que popularizó su pseudónimo de «Noherlesoom». Luego se apartó de este último por disentir del sistema que él preconizaba y ponía en práctica.

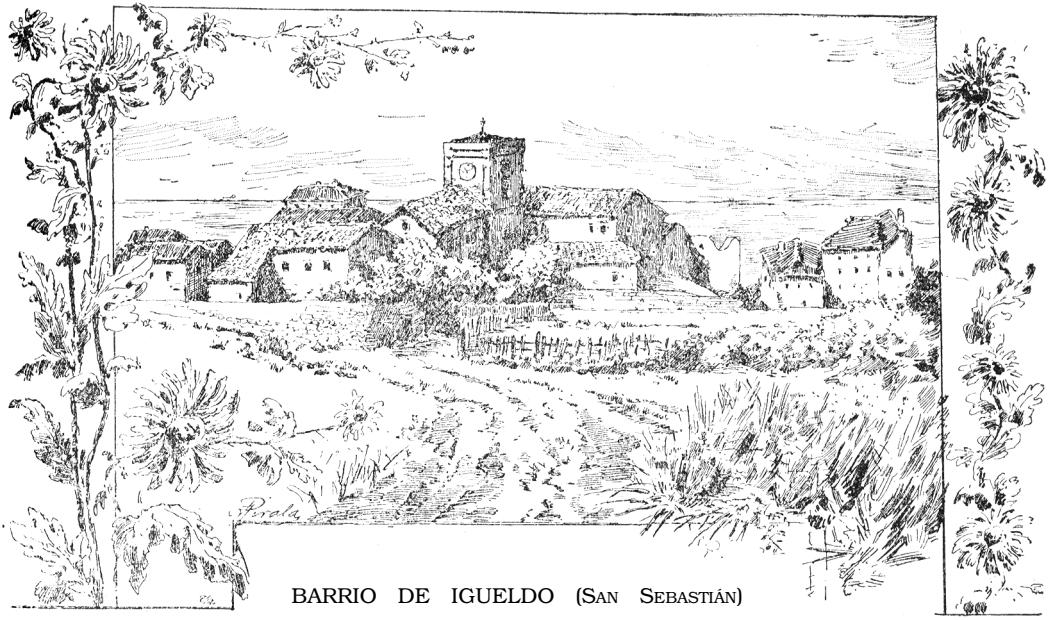
Continuaba el P. Orcolaga dedicado a sus estudios favoritos en el secreto de su improvisado laboratorio y sin que trascendiera al público el resultado de sus observaciones, cuando vió acercarse la enorme perturbación del 15 de Noviembre de 1900. Previendo la inmensa catástrofe que amenazaba a los honrados pescadores del litoral, su conciencia de sacerdote católico se sobrepuso a su natural modesto y retraído, y arrastrado por el fuego sublime de la más ardiente caridad, se dirigió a las Diputaciones de Guipúzcoa y Vizcaya anunciándoles el temporal que se avecinaba, y rogando se avisara a los puertos para prevenir oportunamente a sus honrados vecinos los laboriosos hijos del mar.

Pronto se puso en evidencia la oportunidad, acierto y exactitud de aquella salvadora predicción. El huracán se presentó con desconocida furia, siendo tal su magnitud e intensidad, que vapores de alto porte tuvieron que interrumpir y suspender su salida del puerto de Bilbao. Si de tal modo afectó el temporal a buques construídos para resistir los embates del Océano, ¿qué hubiera sido de los ligeros y frágiles barquichuelos, sin la oportuna y providencial predicción del P. Orcolaga? Asusta el considerar la pavorosa catástrofe que se cernía sobre nuestro desgraciado litoral, víctima en tantas ocasiones de las pérfidas asechanzas del Océano. Todos, con plausible unanimidad, pescadores, pueblo, prensa, autoridades, coincidieron en que la predicción del vicario de Zarauz había evitado un día de luto en nuestras costas.

Nuevos anuncios facilitados por el P. Orcólaga afianzaron el pres-

tigio alcanzado con su primera predicción, los pescadores le miraron ya como su salvadora providencia, resolviéndose las autoridades a cooperar en la humanitaria labor tan brillantemente iniciada por el benemérito sacerdote.

Desde entonces empezaron a favorecerle las Diputaciones de Guipúzcoa y Vizcaya, abonándole el importe de los telegramas, prestándole el apoyo moral más eficaz para la consecución de sus altruistas pro-



BARRIO DE IGUELDO (SAN SEBASTIÁN)

pósitos, y resolviendo por último el establecimiento del servicio meteorológico de un modo permanente y oficial.

Al tratarse del lugar en que debía instalarse el proyectado Observatorio, sobrevino una ruptura entre las dos Diputaciones hermanas, por sostener la de Vizcaya que debía fijarse en el Cabo Machichaco, y no participar la de Guipúzcoa de la misma opinión.

Quedó, pues, sola nuestra Diputación para atender al establecimiento de este urgente servicio, y llevó adelante sus plausibles propósitos, alentada por el clamoroso deseo de la sufrida clase pescadora y la opinión brillantemente manifestada en el país.

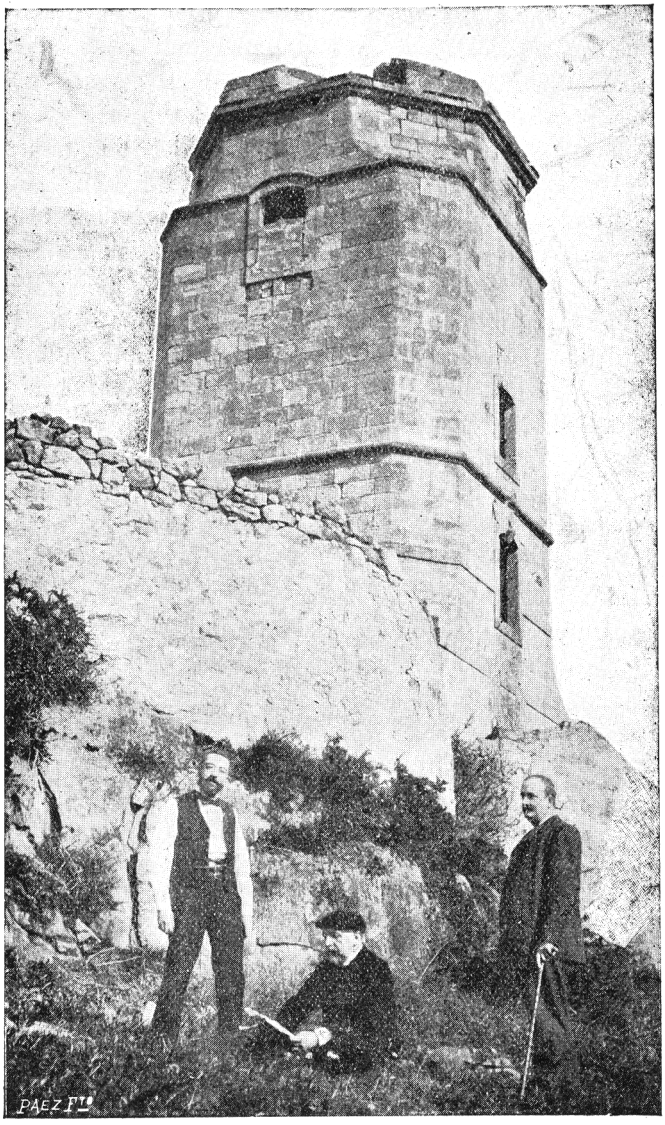
No faltaron, sin embargo, quienes hicieron una sorda y maquiavé-

lica oposición a iniciativas tan dignas de caluroso y unánime aplauso. Oigamos a este propósito a uno de los comentaristas de la bienhechora labor realizada por el sabio meteorólogo:

«En la memoria de todos están todavia aquellas famosas predicciones que desde Zarauz empezó a enviar a los pueblos de la costa, anunciando temporales y galernas. Los hombres de mar saludaron al nuevo meteorólogo con frases de encomio y vivo reconocimiento; y la ola del aplauso fué creciendo de tal manera, que el nombre del «Vicario de Zarauz» fué llevado de boca en boca de un lado al otro de la Península como se lleva el de un gran bienhechor de la Humanidad. Pronto, sin embargo, aparecieron Aristarcos, que trataron de empequeñecer su figura. En el sentir de éstos, Orcolaga no pasaba de ser un vulgar meteorólogo, que, ayuno de toda ciencia atmosférica, fundaba sus predicciones en teorías desprovistas de base científica y sólida. Según este criterio, no le concedían otra autoridad que la que se viene concediendo a esos meteorólogos a lo Zaragozano, que tanto abundan en el mundo. Otro hombre que no fuese del temple de Orcolaga hubiera desfallecido; pero no así el sabio guipuzcoano, quien haciendo caso omiso de cuanto se decía, continuó sin desmayos en el estudio de la ciencia meteorológica, estimulado, por una parte, por el amor que sentía hacia esta ciencia, y movido por otra, por el deseo de ser útil a la sufrida clase pescadora. Y dicho sea en puridad de verdad, fueron éstos, los pescadores, los humildes, los que lograron disipar, en parte, el ambiente de solapada hostilidad que se formó en torno de su persona, mediante el encarecimiento de sus aciertos y beneficio de sus pronósticos. Así pudo lograrse que las Corporaciones le atendieran, y que destinándole en Igueldo un modesto Observatorio, se dedicara de lleno a sus estudios favoritos.»

El primer observatorio se instaló en 1902 en el barrio de Igueldo, jurisdicción municipal de San Sebastián, ocupando al efecto la casa de campo propiedad de D. Gabriel Díaz de Güemez, cuya finca está hoy, destinada a residencia retiro de los RR. PP. Dominicos franceses, procedentes de Arcachón.

Más tarde adquirió la Diputación de Guipúzcoa la casa llamada «Aize eder» (Buenos aires), situada en las afueras de la barriada de Igueldo, en dirección a Mendizorrotz; a dicha finca se le agregó una torre construída bajo la dirección del arquitecto provincial Sr. Cortazar, y allí se estableció definitivamente en 1905 el Observatorio Meteorológico Marítimo, sostenido a expensas de nuestra Corporación provincial, y que tan relevantes servicios ha venido prestando a los marinos y pescadores de nuestras costas.



ANTIGUO FARO DE IGUELDO

Dicho Observatorio sostiene mutuas y cuotidianas relaciones con el Observatorio Astronómico y Magnético de Tortosa, que dirige el ilustre jesuita R. P. Cirera, y con el Real Observatorio Meteorológico

de Lisboa, a cargo del insigne general Pina Vidal. Telegrafía asimismo diariamente a las Sociedades de Oceanografía de Burdeos, Bayona y Coruña y cuando se aproxima una perturbación a los puertos de Guipúzcoa, Vizcaya, Santander, Asturias y varios de Galicia. También el Gobierno inglés gestionó oficiosamente el servicio diario directo entre Igueldo y las Islas Británicas, pero se tropezó con dificultades impuestas por deficiencias de comunicación.

Todos los servicios enumerados se implantaron merced al incansable celo y actividad del meteorólogo guipuzcoano, quien atendió constantemente, aplicando a ello su paciente labor personal, a esta importantísima gestión impuesta al Observatorio.

La fama adquirida por el P. Orcolaga con sus sabias observaciones y maravillosas predicciones se extendió por todas partes, y en Noviembre de 1909 fué llevado a Méjico, donde practicó sus profundos conocimientos meteorológicos. Regresó a España en 1910, y el mismo año recibió la visita de una comisión científica mejicana, la que durante tres meses estudió en Igueldo el sistema de observaciones de nuestro biografiado.

Otra opinión altamente favorable nos la suministra la Sociedad de Oceanografía del Golfo de Gascuña, de la que el ilustre muerto era socio de honor. En el informe leído en asamblea general celebrada por dicha entidad en 1904, y que fué presidida por el capitán general del departamento de Rochefort, vicealmirante Marquis, constan las siguientes encomiásticas manifestaciones:

«Parmi les collaborateurs les plus utiles et les plus dévoués de notre œuvre, M. Orcolaga directeur de l'Observatoire d'Igueldo (Saint-Sébastien) mérit a tous égards de chaleureuses remerciments.

»Tous les jours, il nous adresse par dépêche, ses prévisions sur la situation météorologique probable, ainsi que divers renseignements.

»Et quelle exactitude dans les prévisions de notre correspondant ¡combien des fois au Comité avons nous reçu avec etonnement— je n'ose dire avec incredulité— une dépêche annonçant la probabilité de mauvais temps, alors que rien ne les faisaint encore prévoir a Bordeaux! Or, a des forts rares exceptions près, les évenements ont toujours donné raizon à M. Orcolaga.»

Los anuncios del observatorio de Igueldo se publican diariamente en *La Petite Gironde, Le Nouveliste* y *La France.* Claro es que también aparecen en todos los diarios de la región.

Larga sería la relación que debidamente documentada podríamos ofrecer de los grandes servicios prestados por el P. Orcolaga a la navegación; la acción iniciada con el anuncio de 1900, fué desarrollándose constantemente en beneficio de pescadores y marineros. Muchas páginas serían precisas para señalar los hechos más salientes, y desistimos de ello limitándonos a recordar que, cuando ocurrió la horrible catástrofe de Bermeo, en Agosto de 1912, el P. Orcolaga anunció oportunamente la galerna causante de tantas desgracias, los pueblos adonde pudo llegar el aviso no experimentaron el menor contratiempo, siendo la imposibilidad de comunicar a los bermeanos que se hallaban en alta mar, la causa de la inmensa tragedia que llenó de luto a las familias de la costa vizcaína.

Su acierto en las predicciones era pasmoso. Tratando de este especial punto de vista, dice uno de sus críticos:

«Hoy se ha llegado, a fuerza de trabajo internacional y colectivo, a acertar hasta el 90 por 100 de las predicciones del tiempo. Pues vistas las cosas así, ¿no tendrá mérito la ciencia de Orcolaga, cuando en sus primeros tiempos predecía él solo, fundándose en sus inseparables amigos, las nubes y el barómetro y acertando generalmente hasta un 60 por 100 en sus predicciones?

»Justo es que reconozcamos que había en él un espíritu científico de observación muy elevado y fino, que no es muy fácil adquirirlo.

»Lo mismo en el estudio de las nubes, que para él era el segundo dato después del barómetro, rayó a una altura elevadísima tal, que dudo haya un hombre en el país vasco que haya profundizado tanto en dicha materia, aunque a la verdad, adolece algo de oscuridad en su clasificación, que por otra parte es muy completa.»

Grandes descubrimientos hizo en el terreno científico, siendo uno de los primeros la *resultante barométrica*, preciosa ley, que, a cualquier observador, sin más medios que un simple barómetro, le da exacto conocimiento de la proximidad de los centros secundarios que acompañan por regla general al primer ciclón, siendo ordinariamente mucho más duros y peligrosos para los navegantes, que el temporal causado por el ciclón.

Consideramos como segundo descubrimiento las leyes de los *cirrus* en su orientación con respecto a los centros borrascosos. Muchos meteorólogos, y entre ellos el P. Viñas, han tratado de este problema científico, pero en sus resoluciones se han referido exclusivamente a

las Antillas. El P. Orcolaga completó estas soluciones y las aplicó a nuestras costas.

Ultimamente, las leyes de las galernas en su formación, proceso y trayectoria, son otro de los progresos señalados por el P. Orcolaga en el difícil campo de la Meteorología.

La utilidad, exactitud y precisión de dichas leyes, aparecen confirmadas con indiscutible sello en las admirables predicciones del autor, quien se distinguía del común de los meteorólogos en que, con pleno conocimiento, fijaba y determinaba las causas ocasionales de los fenómenos anunciados.

Hombre cuyas actividades se consagraron en pro de la gente de mar, no podía ser indiferente a la nueva institución denominada Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa, que se constituyó en nuestra Ciudad con el patriótico y plausible pensamiento de promover la afición y el entusiasmo por las cosas de mar, característica en tiempos pasados de nuestros esforzados predecesores, y laborar por el progreso de todas las artes con la mar relacionados, procurando al propio tiempo el mejoramiento y bienestar de los dedicados a las rudas faenas cuyo campo de acción es el proceloso elemento.

Nadie más indicado que el P. Orcolaga para formar parte de tan benemérito instituto, y, en efecto, era socio fundador y figuró como vocal de su Junta Directiva.

Notables trabajos suyos vieron la luz en el *Boletín,* órgano de esta bienhechora entidad, que le consideraba como uno de los socios más distinguidos.

También colaboró en otras revistas como *La Vida Marítima,* órgano oficial de la Liga Marítima Española; y en periódicos, revistas, opúsculos y conferencias públicas no cesó de propagar los conocimientos más esenciales de la Meteorología y la solución de los problemas relacionados con la previsión del tiempo.

Era geólogo muy competente y poseía grandes conocimientos en mecánica y electricidad. La telegrafía sin hilos, establecida por él en su Observatorio, fué la primera instalación que de esa clase se ha hecho en esta región. Inventó también algunos aparatos, entre ellos el microbarómetro y un nuevo pluviómetro.

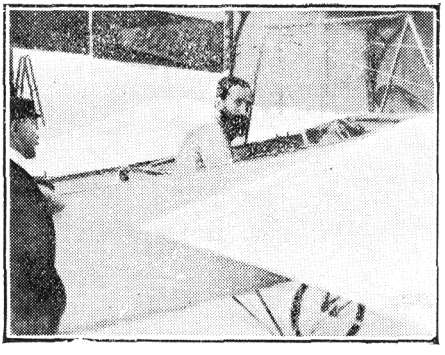
Tenía gran amistad con Flammarion, el P. Cirera, el sabio Harcenhold y otras eminencias del mundo científico. También distinguía al sabio meteorólogo, honrándole con frecuentes visitas, la familia

real, y muy especialmente S. M. la Reina madre y la malograda infanta D.ª María Teresa.

El Gobierno francés recompensó el año 1903 los relevantes méritos del P. Orcolaga, nombrándole Oficial de las Palmas Académicas.

Profesionales y profanos visitaban frecuentemente el Observatorio de Igueldo, escuchando de labios del incansable meteorólogo amenas e instructivas disertaciones relacionadas con la previsión del tiempo. Entre estos visitantes merece consignarse el desventurado aviador M. Le Blon, quien prometió remontarse al día siguiente hasta el Observatorio, y al pretender realizar esta arriesgada expedición, una *pane* del motor ocasionó la muerte trágica del intrépido aeronauta.

En un álbum conservaba las firmas de todos sus visitantes, y allí aparecían confundidos en íntimo consorcio los nombres de las personas más esclarecidas, con los de modestos y humildes pescadores.



M. LE BLON

Desde que abandonó el curato de Zarauz no ocupó ningún cargo eclesiástico, limitándose a atender cumplidamente a la continua labor que el Observatorio le imponía. Sin embargo, desempeñó hasta su muerte una capellanía perpetua y colativa correspondiente a la parroquia de San Miguel, de Idiazábal, pero que con libertad de residencia le fué adjudicada al P. Orcolaga por presentación del Patrono, su íntimo amigo el erudito conservador del Museo municipal de esta Ciudad, D. Pedro Manuel de Soraluce.

Y ya que hemos citado el nombre de nuestro querido amigo señor Soraluce, justo será consignar que dicha señor y el joven sacerdote don Manuel Iriondo, coadjutor de Orio y discípulo predilecto y aprovechado del Sr. Orcolaga, nos han facilitado los datos necesarios para estos apuntes biográficos.

Los continuos trabajos, los sinsabores de la vida, de los que no se vió libre nuestro biografiado, fueron minando su salud y el dia 22 del mes actual descansó en la paz del Señor quien dedicó toda su vida en

laborar en beneficio de sus semejantes. El sentimiento ocasionado por la pérdida del ilustre meteorólogo fué general y se patentizó de modo elocuente en los funerales celebrados al día siguiente en la iglesia parroquial de San Pedro, de Igueldo.

Desde el Observatorio fueron conducidos los restos mortales al atrio de la iglesia, presidiendo a la numerosa comitiva los allegados del finado, el R. P. Caballero Orcolaga, escolapio, D. Juan López y otros, acompañados del clero, autoridades, delegados del Ayuntamiento de Hernani, representación de la Sociedad de Oceanografía, Cofradías de mareantes de Orio, Guetaria, Fuenterrabía y San Sebastián, párrocos de Hernani y de San Vicente, de San Sebastián, el P. Superior y una comisión de Dominicos franceses del Colegio Captier, otra comisión de Carmelitas de San Sebastián y muchos sacerdotes de los pueblos costeros de Guipúzcoa, amigos, caseros y pescadores.

Llevaban las cintas que pendían del féretro los diputados provinciales Sres. Orbea, marqués de Valde-Espina, Angulo y el exalcalde de Tolosa y pariente del finado, Sr. Caballero.

Al llegar al atrio, y a instancias del párroco Sr. Iraizoz, el obispo de Ciudad Real, monseñor Irastorza, que presidía al clero, rezó un responso, verificándose a continuación el traslado del cadáver al cementerio.

Acto seguido dieron principio en la iglesia parroquial los solemnes funerales, a cuyo efecto en los bancos principales se colocó el duelo y en sillas dispuestas al efecto los diputados provinciales Sres. Orbea, marqués de Valde-Espina, Olazábal y Angulo, y el Sr. Ubarrechena, de Hernani, y D. Pedro Manuel de Soraluce, íntimos amigos del finado; y en el resto de la iglesia todo el resto de la numerosa concurrencia. En el presbiterio, y en lugar preferente, se dispuso el asiento para monseñor Irastorza, a quien acompañaban los párrocos de Hernani y de San Vicente, de San Sebastián. También asistieron los párrocos de Aguinaga y Alza.

La capilla de música de Igueldo, reforzada por valiosos elementos de la parroquia del Buen Pastor y bajo la dirección del notable organista D. José Luis Zapirain, interpretó de modo irreprochable la misa solemne de Gorriti y las Lecciones e Invitatorio del aplaudido maestro Zapirain (D. Buenaventura).

Durante los nocturnos celebraron misas de a tiempo los respetables sacerdotes D. Faustino Aramburu, notario eclesiástico y pariente del

finado, y D. Manuel Iriondo, coadjutor de Orio y discípulo predilecto del malogrado meteorólogo.

La representación de la Sociedad de Oceanografía en el fúnebre acto la ostentaron los Sres. D. Pedro Manuel Soraluce y el presbítero D. José Cendoya.

El conocido escultor D. Agustín Fermín García, sacó la mascarilla del finado.

Por su parte D. Salustiano Gastaminza, secretario del Ayuntamiento de Hernani, consultó con el Sr. Soraluce la forma de obtener una copia del cuadro del Sr. Orcolaga, que, debido al genial pincel del malogrado Ugarte, se conserva en el Museo, al objeto de colocarlo en el salón de sesiones. También oimos que el referido Ayuntamiento se propone fijar el nombre de Orcolaga a una de las principales vías de aquella villa.

La precipitación con que se dispusieron los funerales y un error involuntario en cuanto al día de celebración, cometido por un diario local, fueron causa de que no pudieran concurrir numerosas delegaciones de Cofradías de la costa.

Los Reyes se interesaron por la salud del inolvidable meteorólogo, y al tener noticia de su fallecimiento, encomendaron al gobernador civil Sr. Atarfe su representación en la fúnebre ceremonia, pero la tardanza en recibir el despacho y las causas ya mencionadas, privaron a nuestra primera autoridad civil del honor de cumplir el regio mandato.

Por igual motivo dejó de asistir el alcalde Sr. Uhagón, a pesar de sus vehementes deseos.

El pueblo de Igueldo asistid en masa a la conducción y funerales, testimoniando de este modo el cariño que profesaba al ilustre meteorólogo, a cuya residencia iban de continuo personas de significación procedentes de los más apartados lugares, al objeto de ilustrarse con las sabias enseñanzas del finado.

La Sociedad de Oceanografía, por su parte, dispone solemnes funerales que en la capilla de san Pedro, de esta Ciudad, se celebrarán por el alma del distinguido consocio y meteorólogo insigne.

Premie el Cielo con inefables dones la vida abnegada del inolvidable P. Orcolaga.

TEA